

PÁGINA
ABIERTA

Escritura diáfana de Teresa

Selección de textos por Maximiliano Herráiz

Teresa empieza a escribir a sus 47 años, bien cerca de llegar a la gracia-cumbre del "matrimonio espiritual". Aunque era una mujer muy dotada para la comunicación verbal o escrita. Era una superdotada comunicadora, verbal y por escrito. Le gusta escribir, y lo necesita. El apelar a la "obediencia" de quienes le mandan escribir, es más un recurso para estar más a salvo de los celantes de la ortodoxia, como lo muestra en el pliego de defensa cuando su primer escrito, *El Libro de la Vida*, ha sido denunciado y requisado por la Inquisición. En esta defensa (CC 53), presentada a una nutrida lista de grandes teólogos y espirituales a quienes ha recurrido en busca de discernimiento, viene a decir con claridad y desenfado que si tiene que ir ella a la Inquisición, todos ellos deben precederla. El caso se archivó. Aunque ella, obediente crítica, se reservó bien escondida una copia del libro que entregó a la Inquisición. Ventana abierta al genio de mujer que es Teresa de Ávila o

de Jesús son estos textos, entre tantos que revelan su audacia y su valentía, cimentadas en la seguridad que gozaba de la procedencia divina de todo lo que nos dice en sus escritos.

Tres gracias convierten a Teresa en escritora: *“una merced es dar el Señor la merced; y otra entender qué merced es y qué gracia, otra es saber decirla y dar a entender cómo es”* (V 17,7).

“Mujeres eran otras y han hecho cosas heroicas por amor de Vos. Yo no soy para más de hablar... Todo se va en palabras y deseos cuanto he de servir, y aun para esto no tengo libertad... Bien veo yo, mi Señor, lo poco que puedo; mas llegada a Vos, subida a esta atalaya adonde se ven verdades..., todo lo podré” (V 21,5). Y continúa líneas más abajo: *“¡Oh, qué es un alma que se ve aquí haber de tornar a tratar con todos, a mirar y ver esta farsa de esta vida tan mal concertada!... Conoce la razón que tenía san Pablo de suplicar a Dios le librase de ella; da voces con él, pide a Dios libertad... con tan gran ímpetu muchas veces que parece se quiere salir el alma del cuerpo a buscar esta libertad, ya que no la sacan [del cuerpo]. Anda como vendida en tierra ajena”* (V 21,6)

Echa una mirada atrás y escribe:

“Fatígame del tiempo en que miró puntos de honra y en el engaño que traía de creer que era honra lo que le mundo llama honra; ve que es grandísima mentira y que todos andamos en ella. Entiende que la verdadera honra no es mentirosa, sino verdadera, teniendo en algo lo que es algo, y lo que no es nada tenerlo en nada, pues todo es nada, y menos que nada, lo que se acaba y no contenta a Dios” (V 20,26)

“¡Oh, si todos diesen en tenerlos [los dineros] por tierra sin provecho, qué concertado andaría el mundo, qué sin trápagos! ¡Con qué amistad se tratarían todos si faltase interés de honra y de dineros! Tengo para mí que se remediaría todo!” (V 27).

Al amigo dominico, García de Toledo, primer destinatario del libro de la Vida, le grita más que le dice, que

“dé voces vuestra merced en decir estas verdades, pues Dios me quitó a mí esta libertad”.

Con su confesión entrañable:

“a mí me las querría dar [voces] siempre” (V 27,13), línea maestra de su existencia y de su magisterio: *“En pronunciar esto [pena y gloria para*

siempre, siempre, siempre] muchas veces fue Dios servido me quedase en esta niñez imprimido el camino de la verdad" (V 1,5), "qué es lo que es y qué es lo que no es", sintetizará (C 15,5).

Verdad que aprende definitivamente hacia el 1560, antes de ponerse a escribir su grandes libros, confesionales-doctrinales, vinculada a un deplorable acontecimiento "externo" que la sumió en la tristeza: la publicación por la Inquisición de una lista gruesa de libros prohibidos (1559), "algunos de los cuales me daba recreación leerlos". Dios le sale al encuentro, contra el decreto del "santo" oficio guardián de la ortodoxia, diciéndole:

"No tengas pena, que yo te daré libro nuevo" (V 26,5). Jesús es el libro "nuevo", "verdadero". Exclama Teresa: "¡Bendito sea tal libro, que deja imprimido lo que se ha de leer y hacer de manera que no se puede olvidar!" (V 26,5).

Con este libro en las manos y en el corazón, seguirá proclamando que hay dos formas puestas de lectura de "los signos de los tiempos":

"¡demonio!, ¡demonio!, adonde podemos decir: ¡Dios!, ¡Dios !, y hacerle temblar... ¿Qué es esto? Es sin duda que tengo más miedo a los que tan grande le tienen al demonio que a él mismo; porque él no me puede hacer nada, y estotros [estos otros], en especial si son confesores, inquietan mucho, y he pasado algunos años harto trabajos" (V 25,22).

Podemos explicarnos así, el arranque de *Camino de Perfección*, libro de formación directamente del pequeño grupo de mujeres que se le unen – analfabetas las más–, en el movimiento de creación de un nuevo Carmelo:

"¡No basta, Señor, que nos tiene el mundo acorraladas e incapaces para que no hagamos cosa [nada] por Vos en público, ni osemos hablar algunas verdades que lloramos en secreto".

Continúa con esta andanada al status social y eclesial que contempla:

"¿que no nos habíais de oír petición tan justa? No lo creo yo, Señor, de vuestra bondad y justicia, que sois juez justo, y no como los jueces del mundo, que, como son hijos de Adán y, en fin, todos varones, no hay virtud de mujer que no tengan por sospechosa". Y añade a continuación lo que podríamos muy bien calificar de su propuesta de cambio radical de esta situación: "porque veo los tiempos de manera que no es razón desechar ánimos virtuosos y fuertes, aunque sean de mujeres" (CE 4,1).

Y así continuará esta quijote del espíritu, tratando de derribar molinos seculares de viento, doctrinas contrarias a la más elemental razón, y que ella advierte ya presente en el comportamiento de Jesús:

“Ni aborrecísteis, Señor de mi alma, cuando andabais en el mundo, las mujeres, antes las favorecísteis siempre con mucha piedad y hallasteis en ellas tanto amor y más fe que en los hombres”. Y añade esta aguda y lúcida lectora de los “signos de los tiempos”: “Veo los tiempos de manera que no es razón desechar ánimos virtuosos y fuertes, aunque sean de mujeres” (CE 4,1).

Como se les prohíben la lectura de la Biblia, la oración mental, silenciosa, íntima, golpeará con la fuerza de su despierta condición de mujer:

“¿Qué es esto, cristianos [“letrados”] los que decís no es menester oración mental? ¿Os entendéis? Cierito que, pienso que no os entendéis, y así queréis que desatinemos todos; ni sabéis cuál es oración mental, ni cómo se ha de rezar la vocal, ni qué es contemplación; porque si lo supieseis, no condenaríais por un cabo [un lado] lo que alabáis por otro” (C 22,2).

Por lo que exhorta con encarecimiento a sus hermanas, a sus lectores:

“Dejaos de estos miedos; nunca hagáis caso de la opinión del vulgo. Mirad que no son tiempos de creer a todos, sino a los que viereis van conforme a la vida de Cristo” (C 21,10); “ningún caso hagáis de los miedos que os pusieren”, “ni de los peligros que os pintaren” (ib 5).

Se hace eco de las consignas despectivas que circulan:

“‘fulana por aquí [camino de oración] se perdió’, ‘el otro se engañó’, ‘el otro, que rezaba mucho, cayó’, ‘hacen daño a la virtud’, ‘no es para mujeres’ ‘mejor es que hilen’, ‘no han menester esas delicadeces’, ‘basta el Paternóster y Ave María’” (CE 21,2).

Y aquí saltan los amores por la Palabra de Dios, de este icono bíblico que es Teresa:

“Esto así lo digo yo, hermanas: ¡y cómo si basta! Siempre es gran bien fundar vuestra oración sobre oraciones dichas de tal boca como la del Señor. En esto tienen razón, que si no estuviese ya nuestra flaqueza tan flaca y nuestra devoción tan tibia, no eran menester otros conciertos de oraciones ni eran menester otros libros” (C 21,3).

Y declara, acto seguido, su intención de maestra:

“iré fundando por aquí [sobre el Padrenuestro] unos principios y medios y fines de oración”, con una referencia irónica a la Inquisición, “y no os

podrán quitar libros, que si sois estudiosas, y teniendo humildad, no habéis menester otra cosa”.

Con su frecuente firma personal:

“Siempre yo he sido aficionada y me han recogido más las palabras de los evangelios que libros muy concertados” (C 21,4).

En el Padrenuestro, biblia de los pequeños y humildes, está todo:

“cuán subida en perfección es esta oración evangélica, bien como ordenada de tan buen Maestro; y así podemos, hijas, cada una tomarla [la oración del Padrenuestro] a su propósito” (C 37,1).

Vuelve al final sobre esta riqueza inmensa que descubre y goza del Padrenuestro –“el libro que no os podrán quitar”–:

“Jamás vino a mi pensamiento que había tan grandes secretos en ella [oración del Padrenuestro], que ya habéis visto encierra en sí todo el camino espiritual, desde el principio hasta engolfar Dios al alma y darla abundantamente a beber de la fuente de agua viva que dije [c. 19] estaba al fin del camino” (C 42, 5).

También entra Teresa con decisión en la cuestión de la prohibición a las mujeres de la lectura de la Biblia. Además tiene la audacia de escribir “*mis meditaciones*” sobre el *Cantar de los Cantares* (MC 1,8), con estas premisas:

“licencia nos da el Señor” (ib), pues “no hemos de quedar las mujeres tan fuera de gozar las riquezas del Señor” (ib).

Las palabras de Dios no las entendemos bien

“cuando estamos mal ejercitados en el amor”(MC 4-5). Ya que estas palabras “dícelas el amor” (ib 11), y quienes no tienen este amor, “bien pueden leer los Cantares cada día, y no ejercitarse en ellas, ni aún las osarán tomar en la boca” (ib 11).

Y un último apunte que revela más la identidad de la primera mujer doctora de la Iglesia, audaz y valiente, para sobrevivir y abrir nuevos caminos humanos y evangélicos a su Sociedad e Iglesia, como a las nuestras, cinco siglos después. En 1575 explota con particular violencia la crisis con la familia carmelitana en la que vivió 27 años. Lo que le da ocasión de seguir tratando de sacar adelante su genial proyecto de recreación de la vida: los superiores, la cúpula de la Orden y la irrupción en el suelo patrio de un nuncio, le dan ocasión de seguir defendiendo lo que le parece irrenunciable para todos.

Escribe como ella sabe, firme, suavemente irónica a su Superior General en estos términos: se presenta "como medianera" entre los religiosos de la nueva familia carmelitana y el Superior General. Le ruega a éste:

"que me haga vuestra señoría esta merced y me dé algún crédito, pues no hay por qué yo trate sino toda verdad; dejado que [dado que] tendría por ofensa de Dios no la decir. Cuando estemos delante de su acatamiento, verá vuestra señoría lo que debe a su hija verdadera Teresa de Jesús"¹.

Y le dice de algún carmelita descalzo pidiéndole y aconsejándole:

"vuestra señoría le responda y con blandura, y deje atrás cosas pasadas, aunque haya tenido alguna culpa, y le tome muy por hijo y súbdito, porque verdaderamente lo es" (ib 6). "Mira vuestra señoría que es de los hijos errar y de los padres perdonar... Pues Dios no deja de perdonar, que se entienda que gusta vuestra señoría de que la reforma se haga por súbdito e hijo suyo"(ib 7)."

Se atreve a decirle sobre lo que está pasando entre calzados y descalzos:

"Quizá nos las [cosas que están pasando] entienda vuestra señoría allá como yo que estoy acá... Pues Dios no deja de perdonar, y que se entienda que gusta vuestra señoría de que la reforma se haga por súbdito e hijo suyo y que a trueco de esto gusta de perdonarle".

A estas últimas palabras, había precedido este guiño teresiano:

"aunque las mujeres no somos buenas para aconsejar, que alguna vez acertamos" (ib 7).

También entra a la valoración y crítica del nuevo nuncio del Papa, que presenta así:

"Murió un nuncio santo, que favorecía mucho la virtud, y así estimaba los descalzos. Vino otro, que parecía enviado por Dios para ejercitarnos en padecer" (F 28,3).

Cronológicamente, ya había escrito:

"Para personas perfectas, no podíamos desear cosa más a propósito que el señor nuncio, porque nos ha hecho merecer a todos"².

Presenta así al nuevo prelado de los calzados, Ángel de Salazar:

¹ Ct al Padre Rubeo, fin/1/76; 98,3.

² Ct a J. Gracián, med/4/79; 280, 3.

“Con esta alegría he pasado bien la elección del nuevo prelado [Ángel de Salazar], que es en fin quien tiene más talento entre ellos [los calzados], y para nosotros será muy comedido, en especial que es tan cuerdo. Que entenderá en lo que ha de parar”³.

Pero sin dejar de afirmar:

“Plega a Dios que le goce pocos días; no digo faltándole la vida”⁴.

Vuelvo al principio de este breve apunte sobre esta mujer singular, Teresa de Jesús, que entró con decisión en la vida concreta de la Sociedad y de la Iglesia (si se pueden separar estas dos realidades de su momento histórico). ¿Qué le llevó a pronunciarse sobre tantas serias cuestiones y sin que nadie se lo pidiera? La respuesta es simple, convincente: su búsqueda y pasión por la verdad, que experimentó desde niña y que llega a la raíz la alimenta. Nos confiesa:

“Una vez estaba yo considerando por qué razón era nuestro Señor tan amigo de de esta virtud de la humildad, y púsoseme delante, a mi parecer sin considerarlo, sino de presto, esto: que es porque Dios es suma Verdad, y la humildad es andar en verdad, que lo es muy grande no tener cosa buena de nosotros, sino la miseria y ser nada; y quien esto no entiende, anda en la mentira” (6M 10,8). Por lo que, “para conformarnos con nuestro Dios y Esposo en algo. Será bien que andemos en verdad delante de Dios y de las gentes de cuantas maneras pudiéremos, en especial no queriendo nos tengan por mejores de lo que somos y en nuestras obras dando a Dios lo que es suyo y a nosotros o que es nuestro, y procurando en todo la verdad, y así tendremos en poco este mundo, que es todo mentira y falsedad y, como tal, no es durable” (6M 10,7).

Por eso define la verdad existencial:

“no hacer caso de cosa [de nada] que no sea para llegarnos más a Dios” (V 40,3).

Concluyo este muestrario teresiano con estas frases cortas y densas, reveladoras del talante de esta genial mujer:

“De devociones a bobas nos libre Dios” (V 13,16)

Cultiva y exhorta a sus hermanas carmelitas a cultivar buena relación de amistad con las personas que les ayudan en el camino espiritual:

“¡Oh dichosas almas que son amadas de los tales! ¡Dichoso el día en que los conocieron!... quered cuanto quisierais a los tales..., cuando

³ Ct a J. Gracián, med/4/79; 280, 2.

⁴ Ib. 2.

alguno hay que llegue a perfección, luego os dirán que no es menester, que basta tener a Dios”.

Y pone en boca de sus hermanas esta respuesta:

“Buen medio es para tener a Dios tratar con sus amigos” (CE 11,4).

Cuando la Inquisición cerca a su comunidad de Sevilla, por los chismes de dos monjas un tanto descerebradas, les da este principio de comportamiento:

“La verdad padece, mas no perece” .